

## MAX AUB: CRÓNICA DE UN DESARRAIGO.

*Tomás Andrés Tripero – Director del proyecto e-innova*

**Max Aub ha vuelto a la actualidad teatral con el estreno de su obra “El laberinto mágico” en el Teatro Valle-Inclán.**

### ¿QUIÉN ERA MAX AUB?



**Primavera de 1972.** Ateneo de Madrid. Hay un silencio espeso y reverencial en esa vieja y destartada sala que todo el mundo reconoce como “La cacharrería”. Max Aub se dispone a tomar la palabra.

En aquellos momentos, el escritor había regresado por algunos días a Madrid para recoger datos que le permitirán escribir un libro sobre Luis Buñuel. Un libro que nunca llegará a terminar aunque sí se publicará, en edición póstuma, parte del material que ya tenía recopilado

sobre el cineasta aragonés.

Será en la editorial Aguilar, en 1985, bajo el título de “Conversaciones con Luis Buñuel”. Un Luis Buñuel del que ahora celebramos, también, el centenario de su nacimiento y con quien Max Aub compartió en México la vocación cinematográfica.

El escritor sabe que no podrá quedarse, la atmósfera oficial, que le ha recibido, fría, hostil y amenazante le hace comprender, con claridad, que sus largos días de exilio y desarraigo no han acabado todavía.

Desde el punto de vista de la tolerancia política la posguerra, entonces, no había terminado y los escritores e intelectuales que se habían opuesto abiertamente a la dictadura franquista seguían considerándose enemigos peligrosos del estado.

Ya estuvo poco antes, en el 69, en un rápido viaje “turístico” por España, en el que recogió parte de la biblioteca que hubo de dejar abandonada, con la derrota de la República, en los sótanos de la universidad de València.

### ¿PORQUÉ OBTUVO ESE RECIBIMIENTO EN ESPAÑA?

**Max Aub nació en París el 2 de Junio de 1903.** Su padre era alemán y representaba en Francia a varias firmas comerciales de su país; había nacido, por tanto, con una impronta viajera que por unas razones o por otras - algunas mucho mejores que otras - no le habría de abandonar jamás.

Su madre, de quien adquirió una especial sensibilidad por todo lo humano, era Francesa y su padre había nacido en Alemania.

Cuando estalla la guerra europea en 1914 su padre se encontraba, casualmente, viajando por España y por el caprichoso destino de ser alemán se había convertido, estúpida y automáticamente, en enemigo de Francia, del país de su esposa y de su hijo.

Su mujer decide entonces, sin poder recoger sus enseres parisinos, rehacer la vida en nuestro suelo, un suelo que, primero, accidentalmente y después por libre y consciente elección, habría de convertirse en la verdadera patria de Max Aub.

Y va a ser en Valencia, donde su padre solidariamente ayudado por algunos clientes encuentra trabajo como representante de bisutería.

Nos encontramos entonces con una familia de refugiados y desplazados que se han quedado con lo puesto, con el absurdo de una razón mecánica que les convierte en enemigos indeseables en su propia casa y en su propia ciudad.

El siglo veinte fue y sigue siendo, desde el principio y hasta el más último de sus finales, un siglo de guerras e imperialismos agresivos, de todo signo, que se van a materializar en innumerables víctimas del odio, físicas, psicológicas y políticas; también un siglo de refugiados, de exilio y de desarraigo.

Un siglo, en fin, en el que la humanidad no ha logrado, por entero, escapar a la barbarie.

El primer refugio de Max Aub, esa primera acogida solidaria, va a encontrarse en la **Calle de la Reina**, en el poblado marítimo valenciano del Cabañal.

Max Aub **tiene once años**, es ya plenamente consciente de lo que significa la ruina familiar y se encuentra, de repente, en un mundo completamente extraño y diferente al del ajetreado París cosmopolita.

**El mundo del Cabañal**, entre el poblado marítimo de la Malvarrosa y el Grao, el barrio del puerto de València, barrio de pescadores y estibadores que se extiende, alargadamente, entre las playas y las abundantes huertas que prácticamente llegaban hasta la ciudad vieja. No muy lejos de donde fuera la primera residencia valenciana de Max Aub, se levantaba **el chalet neoclásico de Blasco en la Malvarrosa**, muy cerca de la orilla del mar y casi en el límite geográfico con el pueblo de Alboraya.

Chalet ahora reconstruido, con sus dos grandes y representativas cariátides que sostienen el piso superior, y que alberga los fondos del Museo “Blasco Ibáñez”, y la famosa y enorme mesa florentina de mármol de la terraza, aquella sobre la que Blasco se sentara para contemplar el mar y que hoy es símbolo de vespéralias que reúnen a contertulianos para hablar de su obra.

València era sí, entonces, una ciudad provinciana pero bullía de inquietudes artísticas, arquitectónicas, ingenieriles, culturales, sociales y políticas.

Una València, la del ensanche, que ha construido sus nuevos puentes sobre el Turia, que se extiende en nuevas y floridas avenidas de palmeras más allá del perímetro que establecieran sus murallas y sus grandes puertas del Quart o de Serranos, una València de las letras, de las artes y de las ciencias que sería cobijo de inquietas y hasta inquietantes ideas políticas.

Y un barrio, el del pequeño Max, que tiene el aliciente de las barcas de pescadores y el de una de las playas más extensas de España, tanto en su realidad física como en su “sorollana” magnitud pictórica, que posee la magia de las imaginativas tradiciones mediterráneas y sobre todo de la bondad de sus gentes.

El pequeño Max se encuentra con el azul y la luz, con la seducción ingenua y colorista de la tierra Marinera, con la burlona y grotesca imaginación del pueblo hecha de cartón fallero y sobre todo con el fuego, el fuego de Marzo y el de las hogueras de San Juan sobre la arena.

Para un niño todo esto podía resultar mucho más excitante que la elegancia y la serenidad del París Burgúes.

Y no hubo trauma ni problemas de adaptación con el lenguaje, antes al contrario, la musicalidad del castellano hablado en València, coexistente sin conflictos con el propio valenciano, contribuirán para animar a Max Aub a un rápido aprendizaje del idioma, de su idioma, hablado finalmente, eso sí, con un inconfundible e inimitable acento echo de melodías con sabor Francés, Alemán, Valenciano y Castellano.

El acento Mexicano pasaría, también, al final de su vida a compartir esta **mixtura fonética**, irrepetible y única que fuera el acento humano y literario de Max Aub.

Su adaptación lingüística es tan rápida que al año de su integración en la nueva lengua compone ya poesías en español.

De niño asiste a la **Escuela “científica” y Moderna**, inspirada en la que fundara **Ferrer i Guardia** en Barcelona, la única no confesional de València y de inspiración innegablemente libertaria.

En el Instituto de Segunda enseñanza se entrelaza la amistad adolescente que le uniría, por siempre, y también en el exilio, a José Gaos y a José Medina Echavarría.

Pero sobre todo se crea en él una más fuerte identidad con el idioma y con el entorno.

Desde entonces haría siempre gala de su valencianismo y cuando le preguntaban que de dónde era él respondía siempre: **“se es de donde se hace el bachillerato”**.

Graduado como bachiller, renunciando a continuar los estudios universitarios, decide emprender el camino de la temprana independencia económica y trabajar como viajante de comercio junto a su padre.

Como representante, recorre pueblo a pueblo y establecimiento tras establecimiento, de norte a sur, una y otra vez, primero del levante y después de todo el territorio español.

De este modo adquiere un apasionado conocimiento de sus gentes, personajes y tipos curiosos, variada tipología humana que, en la alquimia de su visión literaria de la realidad, se transforman en asiduos protagonistas, más o menos accidentales, de su obra.

En 1924 viaja a Alemania para establecer contacto con proveedores pero también para vivir como dramaturgo la **experiencia vanguardista del post-expresionismo**, de los personajes agobiados que, en una enrarecida atmósfera de presagios amenazantes, buscan su identidad en ciudades fantasmales, dibujadas con decorados minimalistas de líneas oblicuas y claroscuros.

En 1925 se casa con la valenciana Perpetua Barjau, a quien llamaría con el cariñoso y original diminutivo de **“Peua”**, de cuya unión nacerán tres hijas.

Los años posteriores serán de viajes, de ocio y negocio, por toda Europa y tiene la oportunidad de entrar en contacto con los grupos artísticos y literarios de vanguardia del momento, con sus cenáculos y con las revistas que los identificaban.

Y es así como en aquellos años, previos a la guerra, su órbita literaria gira, con el esplendor de una exuberante y lúdica verbalidad de ecos rubenianos, en torno al vanguardismo.

Tanto en **“Geografía”** (1928)- que trata el tema mitológico de los amores de Hipólito con su madrastra Fedra- como en **“Fábula verde”** (1933) hay una especie de **florido renacentismo simbólico de carácter ecológico**.

La cosa llega hasta tal extremo que, en **“Fábula verde”**, Margarita Claudia, su protagonista, **ama tantísimo a la naturaleza que llega a ser eróticamente poseída por ella** y como resultado de esa pasión amorosa dará a luz una brillante y hermosa manzana.

Sin embargo “**Luis Alvarez Petreña**” (1934) es ya un relato que representa a través del suicidio de su protagonista- fracasado como escritor y como amante- la decepción y la frustración ante la **moda individualista y cripto-culturalista** de las vanguardias.

Así pues la exploración vanguardista que le llevaba a recrear las imágenes propias de una intimidad narcisista difícilmente accesible a los otros, expresada mediante una estética de significados surrealistas, cede ante la toma de conciencia política y su obra, particularmente su teatro, se hace más ética, social y colectiva.

Entre 1935 y 1936, con esta convicción, dirige “**El Búho**” grupo de teatro de la Universidad de València.

También en 1936 termina “**Yo vivo**”, un librito, en el que nuestro autor nos muestra a lo largo de una jornada entera de la existencia el goce y placer de vivir.

Se trata de un relato mucho menos escatológico, pero de espíritu similar, al de “**Las abluciones de don Rigoberto**”, de esa excelente obra que es el “**Elogio de la madrastra**” de Mario Vargas Llosa.

Un Rigoberto que cada vez salía del cuarto de baño lo hacía “con la sensación de que, a pesar de todo, la vida valía la pena de vivirse”

Max Aub participó entusiasta y activamente, en 1935, en las “**Misiones Pedagógicas**”, con su pieza “**La Jácara del avaro**”.

La Jácara es un romance alegre que cuenta hechos de la vida. En este caso las vicisitudes del avaro.

Las Misiones Pedagógicas se encontraban formadas por profesores y escritores que quisieron llevar el cine y el teatro por toda la geografía española. Algunos de estos pueblos vieron estos espectáculos, gracias a ellos, por primera vez.

Se trataba de auténticas misiones del proselitismo cultural de la República que requerían de ese espíritu sacrificado y misionero necesario para la superación de los difíciles caminos de entonces y el acceso a pueblos no demasiado bien comunicados.

En la película filmada por los propios “misioneros”: “**Estampas de misiones**”, que se encuentra en la Filmoteca de València, se recogen imágenes de la la aventura de estos jóvenes entusiastas que no escatimaban esfuerzos para acercarse a los lugares más recónditos de nuestro país.

Viajaban en camiones desvencijados que se atascaban más de una vez en el barro, por carreteras infames, o escalaban alturas a través de precipicios y de pedregales, cargando los enseres de la cultura a lomos de mulas testarudas.

Los fotogramas de la película captan la expresión del rostro de aquellos niños y mayores que se asomaban a la magia fascinadora del cine o del teatro por vez primera.

Cuando la guerra le sorprende de viaje en Madrid, puede a finales de Julio del 36 regresar a València en donde pone su pluma al servicio de la causa popular.

Nombrado, poco después, agregado cultural de la embajada española en París, colabora con el embajador Luis Araquistáin en la organización del pabellón de la **exposición universal** de 1937.

Y fueron, precisamente, sus palabras las que glosaron, con la emoción propia del momento, la presentación pública del cuadro más emblemático de ese pabellón español de la exposición: ¿Cuál era? Se trataba, naturalmente, del “**Guernica**” de Picasso.

También colabora, en aquellos trascendentales momentos, en la puesta en escena de “**El cerco de Numancia**”, en el teatro Antoine de París.

De nuevo, en esta pieza cervantina, “la sola y desdichada España” entonaba su canto. Y los espectadores - sensibilizados por los acontecimientos del momento - sentían a través de esos versos, entre la lástima y la admiración, la representación de toda la fuerza y la pasión simbólica de la resistencia republicana frente a los bombardeos de la Legión

Condor alemana o la invasión de las tropas italianas que venían a apoyar la causa fascista.

*“¿Será posible - dice España - que continuo sea  
y que un pequeño tiempo yo no vea  
de libertad tendidas mis banderas?”  
esclava de naciones extranjeras*

También esta obra exaltó los ánimos de los defensores heroicos de Zaragoza durante la guerra de la Independencia.

Y cómo no recordar el momento en el que el **Teatro Español** de Madrid levantó su telón para dejar oír, en los últimos años del franquismo, la clara voz de la fama pregonera- en breve interpretación de Ana Belén- recordando, “de gente en gente y en dulce y suave son”, que aún se sentían soterrados ecos de amada libertad y de numantina resistencia.

De vuelta a una València, convertida en Capital de la República, ocupa el cargo de secretario del Consejo Central de Teatro y elabora el proyecto de creación de un teatro nacional. Antonio Machado había sido nombrado presidente de este organismo.

El teatro se convierte, entonces, en un recurso de propaganda por medio de pequeñas representaciones dramáticas que no tenían otra intención que la de levantar los ánimos e impulsar el espíritu de lucha: “**Por Teruel**” o “**¿Qué has hecho hoy para ganar la guerra?**”, eran algunas de estas significativas piezas.

Max Aub descubre, al mismo tiempo, la fascinación y la fuerza expresiva del cine, como lo hiciera antes el propio **Blasco**, e interviene en el rodaje de “**Sierra de Teruel**”, convirtiendo el argumento de la novela de A. **Malraux** “L’espoir”, en guion cinematográfico.

Pero a partir de ese momento su propia vida puede transformarse también en argumento de una película dramática, de angustia, acción, aventura y arrojo personal.

Si **Spielberg** hubiera sido Español no hubiera dudado, por un sólo instante, de llevarla a la pantalla. Y lo hubiera hecho con la acción trepidante de “En Busca del Arca Perdida” y con la fuerza dramática de “La lista de Schlinder”. Max Aub, por cierto, era de origen judío.

### **Veamos esa película:**

Cuando ya se presagia el inminente final, en enero del 39, las tropas nacionales “alcanzan sus últimos objetivos militares” el 1 de Abril, Max Aub abandona España con su familia e intentan reinstalarse en París, pero el ambiente político y policial francés no le hace ascos a las ideas fascistas y Aub es denunciado, interrogado, despropiado y encarcelado. Su familia ha de regresar a España.

Momentáneamente liberado y, quizá añorando el azul mediterráneo de València, se traslada a Marsella en donde, nuevamente, es acusado de comunista, que no lo era, e internado en un campo de concentración del sur de Francia.

El campo de concentración será la acogida que el gobierno Francés de Vichí dará a los miles de exiliados republicanos que huyeron de las represalias del ejército vencedor.

De ahí será trasladado a otro campo, mucho más terrible, en Argelia en donde es condenado a trabajos forzados. Su castigo consiste en trabajar bajo el sol, la sed y las calamidades del desierto en la construcción del ferrocarril transahariano.

Si ustedes se encontraran en esa situación y sólo pudieran contar con dos libros para consolar sus horas de fatiga y desolación: ¿qué dos libros escogerían?

Max Aub, sólo ha podido llevarse **un libro de poemas de Quevedo y un diccionario de español** que relee, una y otra vez, jugando con las palabras e intentando olvidar lo desesperado de su situación.

De ese conocimiento profundo del diccionario y con la distancia objetiva necesaria de quien domina un idioma que no es el materno, Aub practica una auténtica **alquimia de recursos lingüísticos**.

Y es de este modo como descubre nuevas, lúdicas y sorprendentes posibilidades en las palabras y expresiones que para nosotros, probablemente, hubieran pasado desapercibidas. Ensayaría así, en aquel campo de prisioneros, con recursos del lenguaje que luego animarían las páginas de sus novelas. Narraciones salpicadas de términos y expresiones populares que se transforman mediante **el juego verbal**: como “pasarse las horas vivas”, en vez de “pasarse las horas muertas”, o “corta y perezosa” en vez de “ni corta ni perezosa”, o “no le importaban los trapos - ni limpios ni sucios- de los demás”, jugado con la expresión de “los trapos sucios”.

Y descubrió, además, que no sólo se puede “dar el brazo a torcer” sino también el alma, o que es mejor ver el mundo abierto, que no el cielo, pensando - quizá- en ese cielo tan abierto que el contemplaba en su mundo cerrado de confinamiento.

Desde 1939 y hasta 1942, han transcurrido cuatro años de triunfo del nazismo y del fascismo y el mundo entero se encuentra en guerra, cuatro años de sufrimiento, sudor, frío, suciedad, enfermedad y, sobre todo, de soledad familiar.

En 1942, al límite de su resistencia física y psicológica y con enorme riesgo de perder la vida, decide evadirse.

Y entre la confusión del gentío de penados, la desmotivación perezosa de los guardianes locales, el polvo blanco del desierto y la desorganización de las condiciones propias de un trabajo insoportable para quienes lo hacen y para quienes lo vigilan, lo consigue.

Y es así como llega hasta la misma Casablanca y al mismo ambiente que retratará, tan sólo un año después, en 1943, **la película de Michael Curtiz**, protagonizada por Humphrey Bogart e Ingrid Bergman.

Una Casablanca en donde, entre el ambiguo y acomodaticio cinismo de algunos policías franceses - la película retrata magníficamente a uno de ellos - y la implacable vigilancia de la Gestapo alemana, sobreviven multitud de europeos que buscan visados para escapar de los enclaves dominados por los alemanes.

Y allí, finalmente, no sin dificultad, embarca en un carguero que, a través de un atlántico amenazado de submarinos, le conduce a México.

Su esposa e hijas no podrán volver a reunirse con él hasta cuatro años más tarde, cuando ha logrado ya salir adelante gracias a la magnífica acogida del mundo intelectual mexicano.

Llega el momento, entonces, de escribir, de dar forma y cuerpo a todo lo que con él ha viajado en su memoria. De reencontrar, incluso de reconstruir en la escritura, en el país Azteca, la España que nunca deseó abandonar.

Max Aub, Murió en México, quiso ser Español en España y no pudo, deseó afincarse en su “tierra prometida” pero su sino errante y laberíntico le catapultó lejos de ella.

Pero la patria, la identidad e identificación con una tierra no puede desalojarse de la memoria de una persona y Max Aub, en todo momento y desde su exilio Mexicano, recorrió una y otra vez las calles de las ciudades que tenía por suyas, dando vida a los

personajes que las habitaban: el barrio del cabañal de Valencia, en donde estudia el bachillerato y en donde encuentra compañera, las calles de un Madrid que vive la dictadura de Primo de Rivera o que presagia la guerra, las calles y los rincones de una Barcelona todavía provinciana o las calles de San Sebastián, Zaragoza o La Coruña.

No es dado así viajar en el tiempo y acercarnos con curiosidad a las tertulias de los cafés madrileños en donde los reunidos le parecen a Manuel Cantueso -uno de los protagonistas de “La Calle de Valverde”- “**petulantes y engolados, demasiado seguros de sí**”, lo que quizá pensemos nosotros de muchos de esos tertulianos de segunda o, tercera fila intelectual, que más bien aburren que animan nuestras actuales tertulias radiofónicas o televisivas.

Sin embargo aquellos eran otros tertulianos, de más tono:

El ceceante pontificador gallego que no era otro que **Valle-Inclán; Azaña** el de “la hinchada importancia”, “ese - dice Cantueso- ¿qué se ha creído?”; el “cegatón” y erudito **Melchor Fernández Almagro**, “leyendo a pegaojos”; **Luis Bello**, el de “la tristeza quijotesca”, que para nosotros debiera ser especialmente querido ya que, como intelectual empeñado en la educación, llevaría a cabo- desde las páginas de **el Diario “El Sol”**- una intensa campaña a favor de las escuelas rurales.

También se podía encontrar uno con **Indalecio Prieto**, “sentado búdicamente”, en clara referencia a su figura gordezuela, y quien fuera uno de los más destacados líderes del PSOE y el que bajo la dictadura de Primo se opuso a la línea colaboracionista defendida por sus compañeros **Julián Besteiro** y **Largo Caballero**.

Era, en fin, el Madrid de las tertulias literarias. En la cervecería Corréos, en Alcalá y casi en frente de Cibeles, a la que había que acceder bajando unas escaleritas, se solían dar cita varios miembros de la generación del 27- Jorge Guillén, Pedro Salinas o García Lorca. También se pasaban por la cervecería Dalí y Luis Buñuel.

Muy cerca de allí, en el viejo “Café Comercial”, nos reuniríamos, muchísimos años después pero con el espíritu emulador de aquellas empresas tertulianas, a la salida del colegio, mis “amigos los novísimos” (Luis Alberto de Cuenca y Luis Antonio de Villena) y yo. Compartíamos escritos, versos y proyectos de teatro, siempre leíamos algo, por lo que era obligado llevar algunas cuartillas cuyo valor era sobredimensionado por nuestras propias apreciaciones críticas.

También de la mano de Aub, y bajando desde “la Calle de Valverde”, por Gran Vía y Alcalá, hasta el Retiro podemos asistir, el 24 de abril de 1926, al gran lío que se armó con la inauguración del monumento a Ramón y Cajal, obra de Victorio Macho, entre el estanque y el paseo de coches.

Por la mañana el monumento fue descubierto con la presencia del rey Alfonso XIII, el general Primo de Rivera, los ministros de Estado e Instrucción Pública, el alcalde de Madrid y el rector de la Complutense. Por la tarde y en homenaje paralelo una manifestación republicana, ese era realmente el sentir político de Ramón y Cajal, fue duramente reprimida por “los guardias de asalto”, que así se llamaban a los antidisturbios de entonces.

Vemos así como la fisonomía de las ciudades se personalizan porque son recorridas por los acontecimientos vivos de sus protagonistas. La historia de María Luisa Muñoz de Guzmán, una de las muchas que habitan “La calle de Valverde”, no podría ser contada sin que en ella se refleje, también, el ambiente de las calles perfectamente localizadas por el escritor de la ciudad de La Coruña:

Veámoslo:

María Luisa Muñóz de Guzmán, zarandeada como todos por la vida, era...

“Hija de un militar que - nunca se supo de qué - murió casi de pronto, en La Coruña.

Sobrevivió, con sus hermanos menores, gracias a la generosidad del Presidente de la Audiencia de la capital gallega que se la cobraba (la generosidad), con parsimonia, los domingos por la tarde, mientras los muchachos jugaban al fútbol en Riazor o comían barquillos en plazas o paseos.

Cuando crecieron y los dejó colocados - el mayor en una carbonería, cerca de la Intendencia Militar, el segundo en un bazar y tienda de artículos marinos, en el Cantón Grande, frente al Obelisco, y el más joven a espaldas de la ciudad moderna, en Orzán, en la calle de la Cordelería-, en la casa de un viejo chiflado que amaba barcos en botellas-, el hombre justo la casó con un oscuro oficinista”.

Así cuenta la historia de las gentes que no son ni buenas ni malas, que suelen tener, además, “buenas intenciones”, y que se muestran como les han hecho los acontecimientos, su cuna o su buena o mala suerte, o ese azar incontrolable que zarandea sus vidas; pero su autenticidad, en las páginas de Max Aub, las hace trascender de tal manera que parece que los grandes acontecimientos históricos, en su magnitud y relevancia, la dictadura de Primo de Rivera, la Revolución de Asturias, la proclamación de la República o la guerra, sólo tuvieran importancia en relación a las vidas concretas para quienes esos sucesos forman parte auténtica y real de su existencia.

A don José María Alfaro, el de la novela “Las buenas Intenciones”, por ejemplo, le parece terrible el giro republicano porque teme peligrar los contactos que hasta el momento habían favorecido sus negocios y la palabra da vida a sus sentimientos:

“- ¿Y eso es, o era, un rey? ¡Vamos! ¡Yo echo la tropa a la calle, y no digamos a la Guardia Civil, y en media hora acabo con toda esa turba infecta!... ¡esto es el acabose!... Si yo fuese ministro de la gobernación... ¡Mañana mismo me proclamaban a mí una republiquita!

Pero cuando los negocios, a los dos meses, no parecían ir tan mal:

“-No, si no es mala gente. Al contrario, con esta República sí comulgo”.

Y cuando los negocios iban todavía mejor:

“- Que digan lo que quieran, pero ahora esto va sobre ruedas.”

José María y su hijo Agustín Alfaro, Remedios, Angelita Doña Camila... y otros muchos, vivían cuando la República y la guerra española y si ahora, para nosotros, ese acontecimiento tiene un sentido de valor histórico para ellos y para ellas, formaba parte de su existir. Acercarnos a esa realidad es el gran mérito de la narrativa aubiana.

La transición y la estabilidad democrática tendrán interés histórico en el futuro, pero nuestras vidas- las de los que aquí estamos ahora-, sin ese proceso, hubieran sido distintas....quizá habiéramos padecido también la desesperación y el terror de la guerra, la amargura del desarraigo o la derrota del exilio.

La guerra civil ocupa una parte central en la obra aubiana.

Max Aub no pudo salir de ese **caótico Laberinto Español**, que el mismo bautizó como el “**Laberinto mágico**” pero sí pudo recrearlo en una serie de novelas (**Campo cerrado**,



**Campo Abierto, Campo del Moro, Campo de los almendros y Campo Francés)** y, también, en cuentos y relatos breves por donde desfilan, a veces traspasándose de novela a novela, todo tipo de personajes: radicales de la C.N.T., falangistas, socialistas, comunistas, intelectuales católicos, liberales de simpatías masónicas o simplemente miserables delatores o traidores.

Personajes que muertos, fusilados, exilados o triunfadores obtuvieron la más variada de las suertes o las más injustas y absurdas de las suertes: mientras el tellina, el anarquista republicano exaltado que tenía las manos manchadas de sangre inocente, se hace millonario con la victoria franquista, Agustín Alfaro, un buen hombre que sólo espera reencontrarse con su amada y añorada Remedios y rehacer su vida, de nuevo con el trabajo, muere víctima de uno de los primeros “paseos” que practican los triunfadores.

Y junto a sus protagonistas la multiplicidad de acontecimientos que los marcaron: el fracaso del levantamiento militar en Barcelona y el ambiente de València en los primeros días de la guerra en los que la confusión y la indecisión permitieron abortar la sublevación castrense.

La conquista esforzada de Teruel por los republicanos.

Los primeros días de noviembre de 1936 cuando los madrileños se disponen a resistir el ataque del ejército nacionalista.

El ambiente posterior del Madrid sitiado y fortificado en el que se incluye la aventura quintacolumnista de los falangistas infiltrados en la ciudad para realizar labores de información y de espionaje.

Los últimos días de la contienda en los que se producen los lamentables enfrentamientos entre los partidarios del coronel Segismundo **Casado** y los seguidores de Negrín.

Los casaditas eran partidarios de rendir a las tropas defensoras, con una paz negociada que luego se convirtió - en realidad -, en brutal represión sin contemplaciones.

Los de la línea de **Negrín**, veían, por el contrario, en la resistencia a ultranza la posibilidad de que la guerra estallase en Europa, y que los estados aliados reaccionaran, finalmente, a favor del sentido antifascista de la República. Ellos no se engañaban acerca del destino fatal al que les conduciría la rendición.

“**Los campos**”, auténticos “**episodios nacionales**” de los años de la contienda, ofrecen las imágenes de **esa gran película que nunca se ha llegado a hacer sobre la guerra de España**, no sólo por el grado de veracidad que ofrecen la presencia inmediata de sus protagonistas, que utilizan el estilo directo de su lenguaje popular, sino porque, además,

estas novelas - como, en gran parte, toda la obra de **Aub** - están concebidas como un **montaje cinematográfico**.

“paso de unas secuencias a otras sin ningún tipo de advertencia previa que lo indique”, “presencia alternativa y simultánea de varios acontecimientos en lugares diferentes”, **el travelling** literario que “nos hace ver” por los ojos del personaje que camina” o los “**flash-backs**” que reactualizan el pasado, generalmente para contar las andanzas biográficas de algún personaje.

.

Esta técnica se hace especialmente relevante en “**Campo francés**” en donde se suceden las imágenes del éxodo final y el destino de los campos de concentración en Francia. Narración en imágenes visuales y lingüísticas que recogen escenas de las experiencias vividas por el propio autor.

Se trata de un estilo novedoso, en su momento, y muy característico de las **literaturas de vanguardia del siglo XX** que rinden su inequívoco culto al cine y a la estética del dinamismo.

Un **estilo del narrar cinematográfico** que suprime los verbos de visión: el que ve es el lector. Sus obras tienen una estructura de secuencias que se encuentra sujeta a la técnica del montaje. Una narración que hace que se vaya de una escena a otra sin ningún tipo de aviso previo, mediante el recurso fílmico del fundido. Hay otras escenas que se ofrecen fragmentariamente y que hay que ir completando a lo largo de la historia.

Como en el cine, **la inteligencia del espectador** forma parte del **montaje final de la película**, y la idea de la estructura final se encuentra exclusivamente en la mente del lector. Un lector que participa en auténtico **diálogo interactivo y creador** junto con el escritor. No en vano Max Aub fue **profesor de teoría y técnica cinematográficas en el Instituto del Cine de Ciudad de México** y colaborador, con sus guiones, en diversas producciones mexicanas; pero ninguna de ellas llegó a tener la fuerza estética y expresiva de su obra literaria.

Y es que, a veces, la novela se reviste con el atractivo del cine y otras, como es el caso de Max Aub, **es la propia obra literaria la que integra el ritmo, la seducción y la atracción del film**.

Y, ¡cómo no !, también **aparecen los amores**, en la obra de Max Aub, generalmente infelices, en tiempos de paz o de guerra, acomodaticios, desesperados o fortuitos.

El amor que pudo ser y no fue como el de Agustín Alfaro hacia Remedios. El que aparentemente no podía ser y fue como el que Agustín vivió con Angelita, que luego estaría permanentemente enferma, o el que daba igual que fuera o que no, como el de un Agustín, que construye fortificaciones en Portazgo, con Dolores...

”Una muchacha pequeña y flaca con ojillos endrinos que lo miraba todo con rencor...el pecho hundido; sin caderas...que casi no hablaba, entre otras cosas porque carecía de palabras”.

La desolación; la ternura; el realismo de las cosas como son, sin fabulaciones novelísticas, sin héroes y sin máscaras, porque el autor alcanza, en su escritura, al lenguaje interior del espíritu de los personajes; el conflicto entre libertad y determinismo; los seres perdidos en esa madeja formada por el tiempo y los acontecimientos que les superan, forman las **claves del humanismo literario de Aub.**

Y **el tema de España**, la obsesión por España, de la España que ha sido y que, nos guste o no, forma parte de nuestra identidad histórica.

¿Qué más podemos encontrar en la lectura de Max Aub?, ¿Qué otras razones más, además de las anteriormente expuestas, hay para que corramos, este mismo verano, a leerle?

A parte del gran aprendizaje que él mismo adquiere de Galdós y al que rinde especial homenaje en “Las buenas intenciones”, publicada en 1954, encontramos un inteligente uso del casticismo, del hablar típico del madrileño castizo, cuando realmente lo era, en los años previos a la guerra, y es que el casticismo madrileño tenía algo de visión triunfalista de la existencia, otorgaba una seguridad vital al hablante y el ingenio partía de una psicología optimista del que lo practicaba. Todo ese sentir alegre y desafiante desaparece con los años oscuros de la posguerra que Aub comparte entre la persecución, el confinamiento y el exilio.

Hay, en esta línea del casticismo y en “La calle de Valverde”, un homenaje implícito al sainete de Arniches. A los diálogos chispeantes y a las batallas dialécticas entre el hombre conquistador y la mujer que sabe torear con garbo los halagos y requerimientos de las artes oratorias masculinas. Todo ello con un magnífico tratamiento del diálogo coloquial. (Como muestra se puede ver, en el Capítulo VIII, de “La calle...” el diálogo que sostienen Cantueso y paquita).

Toda la prosa del autor posee, en la permanente presencia de la “narración escenificada” la impronta teatral de los diálogos, y fue en ella y no en el propio teatro en donde se reconoce su gran talento de escritor.

Los hechos se presenta, de este modo, en una inmediatez que no se ve turbada por la mediación de una narración ajena al desenvolverse de los sucesos, de tal manera que éstos se perciben no como narrados sino, más bien, como si se desarrollaran en ese mismo momento ante los ojos de nuestra imaginación lectora.

De él aprendemos a ser libres en la escritura, desatendiendo la disciplina de las acotaciones y suprimiendo los verbos “*discendi*”.

El problema es que, a veces, tardamos en darnos cuenta de quién es el personaje que habla, pero podemos valorar este inconveniente como “un reto lúdico más” al que el autor somete al lector.

Los elementos de diálogo y los narrativos se entremezclan, además, con las propias reflexiones del personaje creando una visión holística, sin fisuras, de lo que acontece.

Pero en Max Aub encontraremos, sobre todo, la maestría para crear y dar vida a los personajes.

Una maestría que le conduce a esa gran “broma literaria” que es tal vez, en opinión de algunos críticos, la mejor de sus novelas: “*Jusep Torres Campalans*”. La novela aparece en 1958.

Se trata de una auténtica pseudobiografía, tan auténtica que va acompañada de las fotografías de toda una vida, de la reproducción gráfica de los cuadros, que se supone había pintado ese inexistente maestro catalán, amigo y compañero de Picasso, y a la que se añade también todo el aparato crítico necesario para dar verosimilitud al personaje.

Si en “*La calle de Valverde*” podemos encontrar un gran número de reflexiones en torno a la literatura contemporánea española - que se convierte en permanente tema discusión de sus protagonistas -, en esta otra “biografía novelada” hallamos un profundo análisis sobre el arte contemporáneo de las vanguardias, el surrealismo, el cubismo o el realismo pictórico.

También sobre el arte mexicano ya que el personaje, tras una azarosa historia, como la del propio Max Aub, acaba viviendo en la tierra azteca.

Y, finalmente, las novelas de Aub, auténticos episodios nacionales galdosianos, son el espejo de la historia contemporánea de España, vivida desde sus personajes. Convirtiéndose en un elemento indispensable para aquellos historiadores que más allá de los grandes paradigmas históricos quieren acercarse al punto de vista y al sentir de quienes los padecieron.

Un empeño semejante aunque mucho más caricaturesco, expresionista y esperpéntico, y sin que esto vaya en menoscabo de la obra, lo podemos encontrar en “*Las más caras del héroe*”, de José Manuel de Prada, quien también hace desfilar sobre las historia de sus

protagonistas el período que transcurre entre la dictadura de Primo de Rivera y el final dramático de la Guerra Civil.

También hay admiración y rendición de culto valle-inclanesco en Max Aub, al sentir trágico de la existencia que se refleja en Unamuno, que insiste en el valor propio del vocablo, “que lo retuerce y diseca tras haberle sacado todo el jugo”, que acuña neologismos y que igualmente padece por España.

En 1971, publica “**La gallina ciega**” con la tristeza, desencanto final y confusión de quien al volver no puede reconocer casi nada de la España que había imaginado a lo largo de sus treinta años de exilio. Son las últimas páginas del diario de su vida.

### **Presentación:**

El **Dr. Tomás de Andrés** es profesor de Psicología en la Universidad Complutense de Madrid, pero nunca desde que compartiera experiencias literarias juveniles con Luis Alberto de Cuenca o Luis Antonio de Villena ha abandonado su vocación literaria.

Si como en opinión de Tomás de Andrés, es en la literatura en donde se encuentra realmente toda la psicología humana, hay que decir que Tomás se sitúa en esta línea junto con otros conocidos psicólogos que también fueron “**amateurs**” de la literatura, en su sentido estricto de amadores o amantes, como **Vygotski**, gran estudioso de la obra de Shakespeare, o **Skinner**, autor de la famosa novela “**Balden dos**”.

Partícipe asiduo de estos cursos de verano ha disertado, en ocasiones anteriores sobre **Manuel Vazquez Montalbán** o sobre “**El laberinto de lo humano en la Revolución estética Surrealista**”.

Ha publicado, recientemente en la revista “**Barcarola**” de creación literaria, su trabajo - también presentado en estos cursos de verano- sobre “**sus amigos los novísimos**”: Luis Alberto **de Cuenca** y Luis Antonio **de Villena**.

En mi época de colaborador literario con la revista “**Arbor**” del C.S.I.C., coincidimos en la publicación de trabajos sobre literatura y aún recuerdo con agrado su magnífico ensayo sobre Quevedo titulado “**Quevedo Educador**”.

En la actualidad prepara, con ocasión del cuarto centenario del nacimiento de Calderón, un ensayo literario sobre “**los recursos audiovisuales del teatro barroco**” con especial atención al auto sacramental calderoniano.